

CAPITULO XII

**Consejo de guerra
en Berchtesgaden(*)**



CAPÍTULO XII

CONSEJO DE GUERRA EN BERCHTESGADEN¹

Puedo recordar que era un viernes. Estaba yo muy cansado y tenía preparado mi "week-end". A última hora de la mañana la Embajada alemana comunicaba a mi gabinete diplomático la urgente precisión que tenía el Embajador de hablar conmigo. Le recibí en seguida y, sin sentarse, sacando de la gran cartera que habitualmente le acompañaba un despacho telegráfico, me dijo que Ribbentrop me transmitía una invitación del Führer para trasladarme a Berchtesgaden con objeto de hablar de cosas importantes, el lunes a ser posible.

-¿Puedo contestar dando su conformidad, señor Ministro? -preguntó von Stohrer.

-No, todavía no -le contesté-. Me hago cargo de la urgencia y esta tarde, posiblemente, le daré una respuesta concreta. Ahora no puedo.

Insistió una vez más y marchó. Tras de él salí yo en dirección al Pardo. Informé de lo ocurrido.

-¿Qué quieren? -preguntó el Jefe del Estado.

-El Embajador, creo que obedeciendo una consigna -contesté- aparentaba ignorar el motivo de la llamada; pero no me ofrece duda ninguna que lo que quieren es hablar del Mediterráneo. Por distintos conductos venimos sabiendo que esta es la gran preocupación alemana en estos momentos. El centro de gravedad de la guerra viene al suroeste.

Desde este mismo momento pensamos si dado lo arriesgado del tema no sería mejor dar algún pretexto para no ir allá. Luego rectificamos, pues si estaban decididos de todas formas realizarían su plan; en cambio si acudíamos acaso desistirían de él. Dependería de la fortuna que alcanzaran nuestras razones.

Quedó decidido el viaje, más antes pedí la celebración de una reunión con los ministros Militares del Gobierno. No quería acudir a aquel encuentro histórico con una que pudiera parecer opinión personal mía. Tenía ya mis motivos y experiencia para saber que, si no tomaba esta precaución, se evitara o no la guerra, sería censurado en cualquiera de los dos casos, y seguramente por las mismas personas. Asistimos a

¹ Esta es la afortunada calificación que a la reunión de Berchtesgaden dio el periodista francés Charles Favrel en unos reportajes publicados en "Paris-Presse" durante los últimos días de octubre de 1945. Me interesa recordar cómo fue: Me encontraba en Lisboa y el citado periodista pidió ser recibido. Por *escrito* le contesté que no podía conceder ninguna entrevista de carácter político. Me dijo entonces que salía para España y necesitaba pedirme un favor. Le acogí cortésmente; el favor consistía en que le ayudara para obtener una conversación con Franco, porque él, hombre de la resistencia, enemigo de nuestra política, tenía sin embargo curiosidad por escuchar las razones de España. Juzgué inteligente su actitud y, dentro de mis limitadísimas posibilidades, prometí ayudarle. Hablamos con este motivo los dos -despreocupadamente- del pasado, del presente y el futuro. Sin mi autorización, sin conocer su trabajo, ni mucho menos corregirlo, publicó unos reportajes donde hay muchas cosas de las que yo le dije aunque, casi siempre, sin los matices ni el claroscuro de mis palabras que muy difícilmente podía él recoger; con infinidad de errores, sin duda involuntarios unas veces y otras con deliberadas tergiversaciones.

aquella reunión, que presidió el Generalísimo Franco, los Generales Vigón y Varela, el Almirante Moreno y yo. La reunión fue muy breve; España no podía ni debía tomar parte en la guerra. Pero la situación era difícil porque había que evitar también y prevenir el peligro de una violenta reacción alemana. Yo debía capear como pudiera aquel temporal. Todavía hubo quien, vista la gravedad de la situación, opinó en el último momento si no sería mejor no acudir a la cita. Yo repliqué: "Si no vamos a Berchtesgaden podemos encontrármolos en Vitoria."

El martes día 18 de noviembre (1940) al atardecer, llegaba yo a la estación de Berchtesgaden. Allí, abreviada, tiene lugar la ceremonia de costumbre. Revista a la *Ehrenkompanie*. Saludo de Ribbentrop acompañado por altos jefes del Ministerio. Paso la noche en el alojamiento que se me ha dispuesto y al día siguiente, muy temprano, me organizaron una absurda excursión que nunca hubiera perdonado de no haberme ofrecido la compensación de ver Salzburgo y un trecho maravilloso de los Alpes, entre Baviera y Austria. Ribbentrop me invitaba a almorzar, antes de la conversación que había de celebrar con Hitler, en una finca de caza que poseía en Fuschl. Recorrimos para ello más de 60 kilómetros en automóvil. En Salzburgo hicimos un alto en el camino y sobre el puente de Salzach esperamos a la caravana automovilística en que venía Ciano. Era una deliciosa Manama de otoño. El sol diluido en la bruma alegraba el caserío medieval de Salzburgo y brillaba en el agua del río cuyo curso se precipitaba entre guijarros. Llegamos a la finca -un paisaje precioso con lagos entre abetos donde en seguida se nos sirvió muy parco almuerzo: un plato de *spaghetti* y unos *crepes*. Los italianos que almorzaban con nosotros no ocultaron su desilusión. Apenas terminado salimos corriendo en los automóviles -otros sesenta kilómetros- en dirección al *Berghof*, la casa de Hitler en los Alpes austriacos. Allí desde una gran explanada subimos una abrupta escalera para llegar hasta el chalet. Casi no tengo tiempo de fijarme en el lugar donde estoy porque las conversaciones empiezan en seguida. En amplia habitación del segundo piso, sentados en largos divanes alrededor de una mesa, en cuya cabecera el Führer preside, Ribbentrop y el interprete por la parte alemana (no recuerdo exactamente si también el Ministro, de la carrera diplomática, Paul Schmidt) y conmigo el Barón de las Torres y el profesor Antonio Tovar.

- "La actual situación -dijo Hitler sin preámbulo alguno- obliga a actuar rápidamente. No porque haya empeorado sino por razones de orden psicológico. Los italianos acaban de cometer un gravísimo e imperdonable error al empezar la guerra contra Grecia. Ni siquiera han tenido en cuenta las condiciones atmosféricas que han inutilizado el uso de la aviación que es la mejor arma que ellos tienen. El ejército de tierra no puede utilizar armas pesadas. Nosotros hacemos las cosas con más cuidado. Se lo demostraré diciéndole que a pesar de nuestra evidente superioridad militar no atacamos a Francia por este tiempo el año pasado y eso que no perdíamos de vista que con el retraso hacíamos posible la preparación de Francia y de Inglaterra."

"Repito -continuó- que hay que obrar rápidamente pues con ello se acelerará el fin de la guerra y se solucionarán los problemas económicos que cada vez se presentan más difíciles en todas partes. La velocidad nos permitirá también la cosa más importante que es evitar o disminuir el derramamiento de sangre."

Erguido sobre el sillón y adelantándose hacia la mesa en cuyo torno estábamos sentados, animándose cada vez más a medida que hablaba, con sus actitudes y ademanes más característicos, se expresó de esta forma: "Para lograr todo eso es indispensable el cierre

absoluto del Mediterráneo. En el Oeste, por Gibraltar, el cierre puede llevarse, debe llevarse, a cabo, rápidamente y con toda facilidad, y también *actuaríamos* en el Este atacando el canal de Suez."

"El cierre del estrecho occidental –siguió diciendo- es cuestión -honor y deber- que incumbe a España, así como también le corresponde muy especialmente velar por la defensa y la integridad de las Islas Canarias, pues es de temer -y ello produciría consecuencias peligrosísimas- que los ingleses pudieran efectuar un desembarco y establecer bases en ellas."

Hecha una pausa el Führer prosiguió: "Y en lo que se refiere a las dificultades económicas con las que ustedes vienen defendiéndose siempre debo decir que la situación de España no puede mejorar por obra de un aplazamiento de su entrada en la guerra; al contrario, la rápida terminación del conflicto mejoraría aquella situación casi instantáneamente." Y recalcando mucho las cifras y la situación añadió: "Por otro lado, de 230 divisiones de que dispone en la actualidad el ejército alemán, 186 *se encuentran inactivas* y en disposición de actuar inmediatamente donde sea necesario o conveniente." (En esto si no precisamente una amenaza el lector descubrirá seguramente, por lo menos, una advertencia: yo así lo entendí. También me preocupaba aquel ocio de las armas germanas.

"Por lo que se refiere al material necesario, -dijo Hitler- no hay problema pues Alemania está en situación de poder hacer frente a todas las eventualidades tanto por lo que se refiere a aviación como artillería. La aviación únicamente tiene en contra suya las condiciones meteorológicas, y a pesar de ellas el ataque contra Inglaterra no cesa ni un solo día y esperamos únicamente una bonanza duradera para llevar a cabo el ataque total sobre la Gran Bretaña con 4.000 aviones. Pero ahora, -terminó diciendo- este ataque total es, desgraciadamente, imposible. Entonces este tiempo, esta espera, hay que aprovecharla en algo y yo considero que en estos momentos lo más urgente, lo más útil, es atacar decisivamente a Inglaterra en el Mediterráneo. *He decidido atacar Gibraltar. Tengo la operación minuciosamente preparada.* No falta más que empezar y hay que empezar."

El Führer había estado hablando algo menos de una hora. En la primera parte hizo una exposición de la situación militar muy metódica y ordenadamente; en la segunda dijo esencialmente lo que queda expuesto. La mayor parte de lo anotado es traducción casi literal de notas tomadas en el acto taquigráficamente por mis colaboradores. Por eso la construcción resulta a veces algo forzada. Prefiero, sin embargo, conservarla así con todo su sabor directo. Había hablado con el rigor con que se tratan temas sobre los que se ha meditado mucho y daba la sensación de haber previsto ya y rechazado las objeciones posibles. Yo había escuchado en el mayor silencio, puesta toda mi atención en lo que aquel hombre decía. Le observaba cuidadosamente sin perder un gesto, un ademán, ni la más leve modulación de su voz. Comprendí ¿lo entenderá así el lector? que se trataba de una notificación grave. Cuando el acabó de hablar empecé yo con la más cuidada precaución: primero con expresiones de tanteo, como ésta: "Al recibir su invitación para venir a Berchtesgaden a conferenciar ignoraba en absoluto cual pudiera ser el tema de nuestras conversaciones. Por ello –añadí- no traigo preparación sobre este tema, ni mucho menos criterio de gobierno, por lo que le voy a contestar por mi cuenta personal. Con mi habitual franqueza no quiero sin embargo ocultarle -añadí- cuanto he pensado *durante el viaje* sobre cuál pudiera ser la grave cuestión que motivara tan

apremiante convocatoria habiendo presumido que fuera ésta que el Führer con tanta claridad acababa de tratar. Y comprendo bien -seguí diciendo- la preocupación del Führer por dar un nuevo rumbo a la guerra, y un nuevo empleo a sus ejércitos porque, lealmente debo expresarle cómo en estas últimas semanas he apreciado una notable elevación en la moral de todos los elementos simpatizantes con la causa inglesa, que está indudablemente basada en las dificultades, bien notorias, que presenta actualmente un ataque decisivo contra Inglaterra." El Führer me interrumpió rápidamente: "Son las dificultades atmosféricas del momento. Harían falta unas semanas de cielo claro y mar tranquilo. El frío no importa nada." Yo proseguí: "Si el Mediterráneo tiene dos puertas - Suez y Gibraltar- no quedará cerrado en tanto que una quede abierta. Si esto ocurriera los navíos ingleses es cierto que estarían obligados a pasar por el Cabo y que tardarían más tiempo en llegar a Malta o Alejandría... pero llegarían. Si no se cierra Suez primero, la operación sería inútil. He entendido -espero ser rectificado en otro caso- que la preferencia se daría a Gibraltar; que es esta la operación preparada, y si esto es así debo decir, además, que el Führer y todos los técnicos alemanes conocen las grandes dificultades que atravesamos y no parece justa que se empiece por el cierre de esta puerta occidental que tantos trastornos nos causaría. Para España el cierre del estrecho supondría en estas circunstancias, automáticamente, el cierre del Atlántico. Y esto ocurriría precisamente ahora en el momento en que, a pesar de las dificultades originadas por la desconfianza inglesa, empezamos a recibir los primeros cargamentos del trigo comprado en América que cesarían absolutamente, fulminantemente, en el caso de que España entrara en la guerra." Hitler, con su habitual rapidez, me interrumpe para preguntar la cantidad de la mercancía contratada y el tiempo que habría que esperar para que el envío fuera completo. Yo contesto: "Son 400.000 toneladas de cereal que no podrán llegar en menos tiempo de dos meses; y añadí: Inglaterra, siempre intranquila con nosotros y en alerta constante, conoce nuestros apuros, y en el fondo piensa que con una actitud amable puede evitar nuestra entrada en la guerra. Yo especulo con ese interés y amenaza cuando hace falta para ganar cada día las escaramuzas de los "navicerts" que necesitamos para transportar los cargamentos de trigo y petróleo sin los que la vida española quedaría paralizada. Tras dura y fatigosa tarea -los técnicos fracasan a cada momento en esta negociación y debo yo luchar con Hoare- nos han autorizado para traer aquella cantidad, y aun cuando toda nos llegare, no será bastante para cubrir las necesidades alimenticias del pueblo español. Ratifico ahora la cifra de un millón de toneladas que es la que expuse en la entrevista de Berlín como nuestro déficit de trigo y que, pese a haber sido tan criticada por el Ministro Ribbentrop que la consideraba como fantástica, no es exagerada sino real. Y sobre todo, llegado a este punto yo ruego al Gobierno del Reich que envíe técnicos a España para comprobar ese déficit de nuestra producción en relación con las necesidades del consumo, y además para que vean que la organización del racionamiento en España no es tan mala como los alemanes no técnicos de allá critican constantemente². Así, pues, -insistí- no solamente no tenemos bastante con lo que Inglaterra deja llegar a nuestros puertos sino que necesitamos además la ayuda alemana." Y terminé el capítulo económico de mi réplica diciéndole que quería formular una queja amistosa, pues recientemente el Caudillo me había señalado las dificultades que constantemente ponían en Berlín, en orden al cumplimiento de sus ofrecimientos de suministrar productos alimenticios y elementos para instalar en Sevilla una fábrica de aviones tipo Heinkel, que España necesitaba en todo caso para su defensa y que había ya, no solamente contratado, sino también pagado.

² Yo no creía que fuera buena nuestra organización, pero me molestaba aquella crítica constante de los alemanes de acá que había encontrado eco -según pude comprobar- en las altas esferas del Reich.

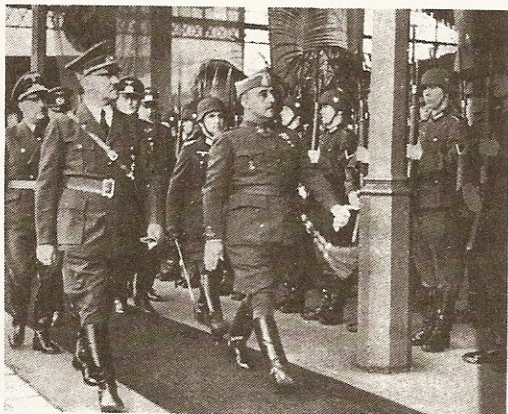
Entonces el Führer, menos animado, manifestó que eso para España no tenía importancia ya que hacían falta dos años, por lo menos, para que la fábrica empezara a producir aviones; y en cambio desprenderse de esos elementos significaría en aquella situación un debilitamiento de Alemania. Le repliqué: "No entro en el fondo de la cuestión porque no estoy preparado para hacerlo, pero señalo el caso de que España no recibe de Alemania la ayuda necesaria." Malhumorado el Führer exclamó: "España no es beligerante y Alemania necesita para la guerra hasta el último kilo de material. Cuando España fuera beligerante habría que atenderla como a nosotros mismos, como hacemos con los italianos a quienes enviamos desde el mismo día que entraron en la guerra un millón de toneladas anuales de carbón en tanto que antes de la beligerancia no recibirían ni doscientas mil."

Yo más confiado, continuaba mi turno aclarando que entendía perfectamente el punto de vista alemán irreprochablemente razonado, pero no sabía si ellos se hacían cargo de nuestra apuradísima situación. "Le diré por vía de ejemplo que a mi regreso de Hendaya ³-después del encuentro del Führer con el Caudillo- en las conversaciones que sostuve en Madrid con los Embajadores de Inglaterra y Estados Unidos, al preguntarme éstos - un tanto inquietos- cuál era el alcance que se podía dar a la entrevista, les contesté con una expresión intrascendente diciendo que era un acto de afirmación de amistad, amistad bien necesaria; y ello basta para que fuera suspendido un envío de 30.000 toneladas de trigo que estábamos cargando en América; y para que el Embajador de los Estados Unidos me transmitiera entonces un encargo del Presidente Roosevelt solicitando que Franco hiciera unas declaraciones manifestando que España no cambiaría el rumbo de su política exterior, pues de otra manera no permitiría la llegada de las 30.000 toneladas de referencia. Esta es, Führer, la realidad de nuestra difícil situación en la que hemos de actuar con mucho cuidado." Entonces Hitler ya calmado me preguntó, recalcando mucho sus palabras y un poco burlescamente, que si creía el gobierno del Caudillo que no tomando España parte en la guerra mejoraría su situación económica. Yo había encontrado ¡al fin! una zona en la que apoyar nuestra conversación alejándome del tema difícil y en la que -aparte posturas ideológicas y sentimentales- podía hablar sin habilidades ni reservas y conteste: "Pues esa es, Führer, la opinión dominante en España. Los españoles en general creen que así sucederá. No desconozco que en esa creencia puede influir la propaganda inglesa que hace creer que la escasez a la falta de víveres está causada por los suministros que España envía a Alemania. Pero la realidad es que allí se tiene el convencimiento de que España neutral recibirá, tanto de la Argentina como del Canadá, el trigo que sea necesario." Nerviosamente el Führer me pregunta si no creía que "esa mentirosa propaganda inglesa tenga por objeto conseguir derrocar al gobierno español". "Seguramente, -dije yo- mientras lo crea posible instrumento de guerra. Conocemos los objetivos de la propaganda inglesa y luchamos contra ella en la medida de lo posible. La nuestra trabaja todos los días por desvirtuarla, y por corresponder al grito con el grito, a la amenaza con la amenaza, pidiendo respeto para nuestro derecho a adquirir y transportar mercancías vitales. Pienso que si nos amilanásemos nos arrollaría." ⁴ Ahora bien,

³ Sobre la eliminación del relato de aquella entrevista, con razón considerada como extraña por algunos críticos extranjeros, el lector puede leer en el prólogo de esta edición las razones que la aconsejaron.

⁴ El único discurso con una condicionada amenaza de guerra que yo pronuncié fue el de Barcelona en un momento en que los aliados nos negaban los "navicerts" ingleses, estrangulando así nuestros suministros y condenando al hambre a nuestro pueblo. Por eso en aquel discurso dije, intencionadamente y con resultado positivo, que de seguir ellos por ese camino nos empujaban a la guerra de la que por consiguiente serían responsables. Yo dije en aquel discurso de Barcelona:

(1) Sobre la eliminación del relato de aquella entrevista, con razón considerada como extraña por algunos críticos extranjeros, el lector puede



En la estación de Hendaya Franco revista con Hitler el batallón de honor.

leer en el prólogo de esta edición las razones que la aconsejaron.



Despidiéndose de Hitler, a través del intérprete, momentos antes de arrancar el tren.



Conversación con Hitler en Hendaya.

independientemente de esa realidad de la propaganda inglesa, yo mismo puedo decirle que tengo la seguridad de que si España no entra en la guerra recibirá el trigo y el carburante que necesite. Y la importancia que esto tiene no se le puede ocultar a Alemania. De otra parte tampoco se puede olvidar el sentimiento de independencia que tiene el pueblo español. Como lo hiciera con los ejércitos de Bonaparte, aunque ya sé que hoy son menores las posibilidades de resistencia, se opondría a cualquier invasión." Yo observaba en el Führer un ligero gesto de decepción y de cansancio. Antes de que recayera en su mal humor le repliqué con el tono inconfundible de la sinceridad: "Ya sé que para un pueblo el trigo no es todo. Sentimos la prioridad del ideal, la llamada del destino, y la justicia de nuestras reivindicaciones." Entonces el Führer con un aire muy burgués y con ademán en cierto modo paternal me dijo: "Quiero hablarle como el mejor amigo de España que soy. No quiero insistir. No comparto enteramente su punto de vista pero me hago cargo de las dificultades de este momento. Pienso que España puede tomarse *algún mes más* para prepararse y decidirse. Pero créame -añadió- cuanto antes lo hagan será mejor pues es este el tiempo bueno para que los soldados alemanes operen en Gibraltar y en Marruecos. Pues si es que se considera necesario que pasen hasta el norte de África, estando como están acostumbrados a clima frío no podrían actuar allá eficazmente en el verano. Y sobre todo por lo que al principio le dije, porque cuanto antes se empiece más próximo estará, en beneficio de todos, el fin de la guerra." Yo le agradecí su amistad y con la mía quería hablarle también sinceramente del aspecto moral del problema planteado. "Con toda mi sinceridad quiero decirle que si la guerra de agresión es siempre impopular, en un pueblo cansado como España, sin la debida preparación, y todavía en ruinas, lo era mucho más. España recién salida de su guerra civil, para emplearse de nuevo en una empresa bélica tenía que hacer un sacrificio enorme que no es comparable con el que llevan a cabo Alemania e Italia después de veinte años de paz y de preparación. Por otra parte -añadí- en Alemania e Italia existe una situación interior consolidada y nosotros estamos todavía liquidando esta terrible desgracia de la guerra civil, intentando realizar nuestro afán y nuestro deber de reincorporar a la fe y a la tarea de la Patria a los que han sido nuestros enemigos." Con palabra pausada y reflexión tranquila, con su gran talento dialéctico, Hitler me pregunta:

- "¿Y no cree el Ministro que la entrada de España en la guerra contribuiría rápida y eficazmente a esa consolidación?"

- "La entrada en la guerra con la victoria inmediata sí. Conozco el canon político de que a toda revolución para afirmarse le es, si no indispensable, al menos muy útil, una empresa exterior victoriosa" -contesté yo.

"Frente a lo que tantos dijeron sobre nuestras posibles locuras, yo tengo que afirmar, y podría probar, que nuestros pasos han medido todos los caminos de la prudencia para intentar resolver este grave problema, para dar de comer al pueblo español, compromiso que nos obliga y nos acucia como ningún otro. Y en esta actitud estamos, y en ella perseveramos; pero hemos de decir que el problema ha de resolverse ahora, para este invierno, ¡y pronto!, sin trámites dilatorios. Necesitamos pan para que el pueblo coma; necesitamos materias primas para que el pueblo trabaje, no un día, ni dos días, sino todos los días. Y si ante esto, que es mera exigencia de nuestro derecho de vida, las gentes estuvieran insensibles a nuestras demandas y nos negasen el pan o hicieran imposible el trabajo del pueblo español, o nos exigieran como precio el honor, entonces, camaradas de la Falange, ¡qué riesgo, qué dolor, ni qué muerte podrían detenernos!." (Véase en la pág. 164 del libro "De la Victoria a la Postguerra (Discursos)", Ediciones FE, 1941.)

Dos días después, el Embajador de Gran Bretaña, Sir Samuel Hoare, acudía lleno de amabilidad a mi despacho para decirme que los "navicerts" estaban concedidos.

El Führer animado con su habitual palabra, firme y rápida, me dice:

-"Esa ocasión se le brinda ahora a España, tiene para ello nuestra compañía y yo le puedo ofrecer: 1.º la seguridad de una buena y eficaz colaboración, 2.º que los alemanes no quitarán a España ninguna gloria que a ella le corresponda en la guerra, como espera que no estarán quejosos de su conducta anterior, y 3.º que pondrá a disposición de España no sólo el mejor material, sino también los mejores soldados de los que han acreditado su valor en las más grandes batallas de la historia del mundo." El Führer se ha exaltado hablando de sus tropas y, como iluminado, ha dicho: "¡es la victoria!"

Yo reconocí con las mejores palabras –estaba todo ello en el camino de mi sincera admiración- la excelente calidad de sus hombres y de su material y estaba persuadido de todo el valor político de la victoria militar, pero volví -lo que ya resultaba pesado- a la realidad de nuestra precaria situación interior. Aproximadamente argumenté así: Llamar Alemania a las armas cuando el régimen ya había sido consolidado, cuando el país vivía una época de prosperidad que le había concedido un sistema político que acreditó su capacidad superando el terrible problema del paro obrero, la pobreza y el desorden en que quedara el pueblo alemán después de la guerra anterior, era cosa fácil. Pedir a España nuevos sacrificios pocos meses después de dar fin a su más devastadora y cruenta guerra civil en la que conociera todos los sufrimientos y privaciones, era empresa superior a nuestras fuerzas. Nuestras dificultades se acrecentaban estando en pleno proceso de asimilación de la zona roja y de muy heterogéneos elementos políticos. Sacrificio tanto mayor cuanto que, después de nuestras conversaciones anteriores en Berlín y en Hendaya, percibíamos con toda claridad las dificultades que se oponían para que tuvieran realidad las justas reivindicaciones de España. "Sin una ilusión nacional concreta, popular, no se podía exigir a los españoles un nuevo sacrificio." Rápidamente Hitler me atajó: "Esa ilusión es Gibraltar." Yo guardé un profundo silencio, cuyas hondas razones ningún lector con alma dejara de sentir. Tan pronto como España entre en la guerra, continuó el Führer, quedara ocupado Gibraltar y tendido el puente hacia Marruecos. (Todo esto lo dijo con mucha amplitud, yo estoy resumiendo.) "Nunca sacrificaré a un amigo seguro por quien como Francia ha sido un enemigo irreconciliable durante trescientos años, pero aunque yo no crea en la amistad de Francia, y sé muy bien que para mí, en el fondo, lo mismo son Pétain, Laval y Weygand que De Gaulle que, aunque aparentemente estén separados, trabajan de acuerdo y es natural; Francia, sin embargo, ha de contar en la unidad europea." (Hitler en sus conversaciones, fuera de algún momento de mal humor en que hablaba como adversario y recordaba la postguerra anterior, nunca desconoció la eterna realidad de aquel importante miembro de Europa.) No se debe olvidar que Alemania tratara con generosidad a sus amigos, pero aniquilará a los que con ella observen una conducta indigna o desleal. Llegado a este punto hay un momento de confusión. Hitler está dolido porque dice que no tenemos confianza en él ni en su palabra. Yo doy una explicación.

Hitler insistió ampliamente en sus puntos de vista sobre la guerra, sobre la situación de Inglaterra, de Francia y de España. "Mientras llega el momento de tener que operar en otros puntos de Europa -repitió- yo necesito utilizar a mis soldados en esta empresa, dando rápido fin a la guerra. El Caudillo debe pensar que si se produce pronto la intervención española las cosas tomarán tal cariz que abra muy pocas probabilidades de que los Estados Unidos entren en la guerra." Hitler concedía -no sin razón- grandísima importancia a que las islas Canarias estuvieran perfectamente fortificadas y defendidas para evitar un desembarco inglés. Le contesté diciendo que podía darle la seguridad de

que las Islas Canarias tenían tanto en mandos como en soldados lo mejor y más escogido del ejercito español, habiéndose fortificado especialmente Gran Canaria y emplazado por todo el archipiélago nidos de ametralladoras. También teníamos allí escuadrillas de caza. Hitler escuchaba como queriendo quitar valor a los elementos de que yo hablaba y me interrumpió así:

- "Hay que poner antiaéreos en los aeródromos de Canarias y hay que llevar allí los *stukas* que es la única manera de alejar de allí definitivamente toda escuadra enemiga."

- "Hay en el archipiélago -le conteste- guarniciones de tanta calidad que si el momento llega harán de cada isla un Alcázar."

Escuchó con respeto pero hizo también un gesto como quien dice: Con eso no se evita el desembarco, y siguió hablando: Tenemos hoy aviones de 4.000 kilómetros de radio de acción, es decir, 4.000 de ida y otros tantos de vuelta, que desde Canarias estarían en condiciones de poder cortar el tráfico marítimo con el África del Sur, y estamos construyendo otros de 6.250 kilómetros o sea 12.500 en total, ida y vuelta.

Yo pienso que no conviene hablar más del tema y me refiero a Suez. ¿Cuál es la posición de Turquía?, pregunto. El Generalísimo, digo, se interesará seguramente por ese tema. "Turquía -dijo él con altanería- no se atreve a nada y se dará por muy contenta con salir de esta tormenta sin dejarse plumas en ella." "Por otro lado los turcos -añadió- tienen un miedo atroz a Rusia que está siempre con grandes ganas de devorarlos." "A nosotros no nos interesa tomar Constantinopla que sólo sería una operación de prestigio, lo que interesa, lo importante, es la toma de Marsa Matruh que se encuentra a 250 kilómetros de Alejandría y como disponemos de aquellos *stukas* de gran recorrido no sería difícil conquistar. Instalaríamos bases de aviones para alejar definitivamente a la flota inglesa de Alejandría y de Suez. El resultado de la acción sería positivo ya que la escuadra cuenta sólo con siete u ocho barcos grandes y aunque no todas las bombas dan en el objetivo con que unas pocas lo alcanzaran, lanzando mil, creo que se lograrían blancos positivos. Una vez eliminada la flota inglesa del Mediterráneo Egipto caerá por su propio peso."

Nuestra conversación que duraba ya cerca de cuatro horas tocaba a su fin; sobre todo era conveniente que así ocurriera. "Finalmente -dije- como es segura que tan pronto regrese a Madrid los Embajadores de Estados Unidos e Inglaterra me preguntarán sobre el objetivo de este viaje, de apariencia un tanto misteriosa, debemos ponernos de acuerdo sobre su explicación. Yo propongo decir que he venido a pedir cereales; lo que ante los regateos, dificultades y trámites dilatorios que aquellos señores practican en sus relaciones con el gobierno español puede ser incluso un estímulo para que actúen con más facilidad y rapidez." Ante mi propuesta aquel hombre, tan extraño y complicado, que también tenía cosas infantiles, reaccionó entusiasmado. (Al Führer le parece esto muy bien "con verdadero entusiasmo" así rezan los apuntes que tengo a la vista tomados en aquel acto.) "El complemento, -añadí- sería que ustedes efectivamente nos enviaran trigo; entonces, terminé, ¡qué estímulo para los otros y qué propaganda!" Hitler me dijo: lo estudiaremos. Con esto terminó la entrevista y pasamos a tomar el té al gran salón de abajo donde Ciano esperaba, pues había sido citado para conferenciar cuando nosotros hubiéramos acabado, y con él, Keitel, Jodl, jefes diplomáticos y ayudantes militares. Mientras hacíamos este breve recorrido pasamos junto a un mapa donde dos flechas

querían materializar el sueño de Alejandro: una apuntaba desde Francia al África del Norte, otra a Palestina y el Irak.

Ya en parte liberado de la carga, que abrumaba mis hombros al entrar en el *Berghof* pude mirar cuanto allí se encerraba. Las caras eran conocidas. No así el lugar. Estábamos en un gran salón. En un extremo una enorme chimenea con cuadros, en el opuesto un gran ventanal. La decoración, el mobiliario, los múltiples tapetes de las mesas, los velillos de los sillones, los visillos, los apliques, las flores, todo aquello - dentro de la innegable grandiosidad no sólo del lugar sino también de la arquitectura- tenía un poco el ambiente de casa de una solterona caprichosa, multimillonaria y de gusto inseguro, con un prurito oscilante entre la severidad y el fausto. Hitler se jactaba de sentirse allí más a gusto que en ninguna otra parte.

Antes de sentarnos a tomar el té, nos asomamos un momento a la galería del sur, sobre el inmenso panorama de los Alpes, en aquella tarde de noviembre en que el sol rompía la neblina y daba a las brumosas un tono caliente y dulce. "Cuando el Führer viene a este lugar de recogimiento y meditación -le dije yo amablemente- sus enemigos se ponen muy preocupados porque piensan que algo trama." Hitler sonrió halagado. Nos despedimos. Me preguntó cuando regresaba. "Mañana si el tren está a punto." Me rogó que antes de salir hablara de nuevo con el Ministro del Exterior. Dormí aquella noche en Berchtesgaden.

A la mañana siguiente me reunía con Ribbentrop. Como novedad nos acompañaban los dos Embajadores, el suyo en Madrid y el nuestro en Berlín, que nunca habían estado presentes en anteriores conversaciones. Yo me encontraba en presencia de un nuevo Ribbentrop que, si no había abandonado su habitual enfatismo, claramente se mostraba aquel día animado de un extraño propósito de ser simpático. Comenzó diciéndome que después de lo tratado en la conversación del día anterior con el Führer insistía en la conveniencia de que España saliera urgentemente de su pasividad, y que la colaboración hispano-germana sería fecunda en provechosas consecuencias para España. Según él lo práctico sería que el gobierno de Madrid enviara técnicos a Berlín para tratar del problema de abastecimiento que yo planteaba. "El Embajador Stohrer -fueron sus palabras- a su vuelta a España debe averiguar si el Generalísimo Franco está de acuerdo con lo que el Führer propone y de ser así, y cuando se hayan llevado a efecto los preparativos necesarios, se podría comunicar por medio de una contraseña que ha llegado la hora de actuar. Una comisión militar alemana se trasladaría a España inmediatamente. Alemania -continuó- tiene por meta en este invierno cerrar el Mediterráneo, cortando con ello el camino a la flota inglesa, siendo muy importante que las Islas Canarias permanezcan siempre en poder de España disponiendo para ello de una fuerte defensa cuya existencia aseguró ayer el Sr. Ministro y que supongo no tendría inconveniente en que la comprobaran comisiones militares alemanas."

Acto seguido Ribbentrop, en su bien notorio afán de serme agradable, me dijo que quería tenerme informado de todas las cosas importantes a cuyo efecto iba a referirse a la visita de Molotov a Berlín y a los planes alemanes.

- "Estamos ocupados -dijo- desde hace tiempo en la preparación de una coalición, lo más amplia posible, en contra de Inglaterra que basamos en los puntos del pacto tripartito."

- "En las próximas semanas varios países de Europa se adherirán y es presumible que en el porvenir también lo haga Rusia en forma externa y rotunda. Molotov simpatiza con los aspectos generales de esta política y así nos lo ha declarado en Berlín."

- "La situación -añadió- es la siguiente: Alemania tiene ya ganada la guerra y por más que se haga nunca le podrá ser arrebatada la victoria. "

- "Día y noche Inglaterra está sometida con los bombardeos a un debilitamiento continuo y buscamos con esto que llegue lo antes posible a tener el convencimiento de que ha perdido la guerra. Se busca destruir la moral de los ingleses y aislarles cada vez más del mundo. De esta manera o Inglaterra cede este mismo invierno y se acaba la guerra, o no cede y sigue adelante, en cuyo caso el Führer está dispuesto a aprovechar la primera ocasión propicia, según ayer le dije, tan pronto como lo permitan las condiciones atmosféricas, para lanzar sobre la isla una ofensiva total y definitiva."

- "Inglaterra tiene hoy dos esperanzas: Rusia y Estados Unidos. Ni tiene otros amigos ni puede pensar en tenerlos. Siempre ha querido Inglaterra complicar a Rusia en la guerra, pero Stalin no hará esta tontería que significaría con el fin de Rusia el de su sistema y mando político, ya que si tal hiciese se encontraría enfrente a la coalición militar más grande que haya existido en la Historia sin poder recibir ni un solo soldado ni por el Oeste, donde el Führer no dejara desembarcar en el continente ni un solo anglosajón, ni por el Este donde el Japón vigila con su escuadra."

- "El ejército ruso no es muy bueno. Si en Rusia mandara un Gran Duque aún sería posible que entrara al lado de Inglaterra, pero Stalin es muy prudente y no hará semejante locura. Él ha tomado el único camino que le es posible."

El Ministro alemán hizo una pausa. Yo tenía entonces una gran preocupación de que las cosas ocurrieran de otra manera. Lo temía mucho. Mi información era bien distinta a cuanto el Ministro alemán acababa de manifestar, pero no quería interrumpirle. Ni me convenía. Me interesaba que hablara libremente. Yo le expresaría mi discrepancia y mis reservas cuando me llegara el turno. Por esto me contrariaban doblemente los signos afirmativos que en aquel tan dudoso punto del discurso de Ribbentrop empezara a hacer nuestro Embajador. El Ministro continuó así: - "Queda América. Los ingleses esperan mucho de los Estados Unidos. Pero no hay que olvidar que los americanos no pueden retirar su flota del Pacífico, y que el programa de la doble flota necesita para su realización un plazo que no baja de ocho o diez años."

- "El ejército norteamericano no preocupa pues no puede desembarcar, queda por tanto únicamente la cuestión de la aviación. Y en este punto ya ayudan a Inglaterra cuanto pueden enviándole aviones y pilotos. Pero esto no es decisivo, pues contra ello -y esto se lo puede comunicar al Generalísimo- comienza a desarrollarse el gran programa submarino alemán. Lo hecho hasta ahora han sido sólo unas pruebas que han servido de entrenamiento a las tripulaciones. Ahora la guerra submarina empezará de modo terrible. Por esto es indiferente que América entre o no en la guerra. Sea cual fuere la decisión de Roosevelt, desarrollándose la gran coalición de referencia, los Estados Unidos se verán obligados a declarar la guerra a todo el mundo."

Ribbentrop, como si hubiera sido avisado del oráculo, hablaba en tono afirmativo y categórico cada vez con más aplomada seguridad. Mejor dicho, pretendía darnos esa sensación. Pero si su afectación no me pasaba desapercibida, nuestro Embajador, en cambio, movía ya agitadamente la cabeza en señal de asentimiento a aquellas tan discutibles afirmaciones.

Ribbentrop continuaba en el mismo tono: "La base de esta coalición es el pacto tripartito, en el que van entrando nuevos Estados europeos. Actualmente se busca el camino para meter a Rusia en esta combinación. Si esto se consigue, se vería como Turquía podía ser poco a poco atraída a esta combinación, cosa que también puede aclararse en este invierno y de la que le tendré al corriente por medio del Embajador van Stohrer." -"Ayer -añadió- preguntaba el Sr. Ministro sobre Turquía; también quiero sobre este extremo tenerle absolutamente informado. Desde la caída de Francia ha ido Turquía apartándose paulatinamente del pacto anglofrancoturco y a cada golpe que infligimos a Inglaterra se aparta más evolucionando hacia la neutralidad. Creo poder afirmar que esta evolución turca se confirmará y aclarará en los meses próximos mejorando nuestras relaciones, y Turquía volverá primero a su neutralidad y luego es posible que incluso a sus viejas alianzas. Esto no es sino una suposición de lo que puede ser la marcha política y militar de Turquía en este invierno." Como síntoma favorable a esta opinión alegó el Ministro alemán la expresa negativa del Gobierno turco a recibir a Eden en Ankara, cuya visita no se vería con agrado. Terminó diciéndome que ese era en resumen el cuadro que podía exponerme. Que en ese cuadro el cierre de Gibraltar era fundamental para poder llegar a la gran coalición antiinglesa. "Esto significaría -son literalmente sus últimas palabras- el aislamiento de Inglaterra, una penosa impresión sobre los Estados Unidos que los alejaría de toda idea intervencionista, la aproximación al fin de la guerra, y para España un gran porvenir abierto. Un porvenir que sin duda reserva nuevas laureles a nuestros soldados unidos en la lucha a los valientes soldados de España."

Con los brazos cruzados, sin contraer un músculo de la cara, escuchaba yo y, así que cesaron el Ministro alemán en su presuntuosa y poco política perorata y el Embajador español en tan inconveniente cabeceo, hube de abandonar mi largo y riguroso silencio para alegar amistosa pero claramente mi reserva y discrepancia con muchos de sus puntos de vista y con casi toda su información. Ante todo le expresé mi agradecimiento por su bondad de darme tan minuciosas explicaciones sobre temas tan importantes.

- "Mi información, sin embargo, -le dije- es muy distinta ya que, según ella, es preciso conceder mayor valor a la ayuda americana que no necesita de tan largos plazos para intensificarse, que aumentará muy rápidamente y que está ya a punto de ser eficaz, mucho más de lo que el Ministro alemán ha admitido."

Con actitud bien explicablemente diferente a la mía -él era Ministro de un país en guerra- Ribbentrop me interrumpe:

- "Conozco muy bien las cifras y los datos; otros que se dan son obra de la propaganda inglesa." Insiste en la importancia de la campaña submarina que va a comenzar.

- "No dudo que esto será un éxito, repliqué yo. Pero en lo demás creo que sus cálculos son equivocados. En cuanto a Rusia debo manifestarle que me llegan noticias, especialmente de nuestro servicio diplomático en América, de que en cualquier

momento cambiará su política pasándose al otro bando." Ribbentrop sonrió afectadamente haciendo un comentario poco favorable a la información de los diplomáticos que, si bien lo formulaba de un modo genérico, yo comprendía que claramente significaba una subestimación de nuestra burocracia exterior y una superestimación de la suya.

- "No voy a entrar en el fondo de esta cuestión, -le dije- conozco toda la importancia que normalmente tienen sus servicios de información y la modestia de los nuestros, pero no debe usted olvidar que en las circunstancias presentes mientras nosotros mantenemos relaciones diplomáticas con casi todo el mundo, Alemania las tiene casi totalmente interrumpidas. No es, por ello, una presunción mía, sino una realidad, que ahora nuestra información tenga posibilidades de las que la suya carece." No se dio por vencido, pero tampoco insistió. Prefirió hacer una afirmación que acontecimientos posteriores han demostrado cuanto tenía de ligera.

- "En todo caso no crea el Sr. Ministro en ese peligro -aseguró- pues Rusia sabe muy bien que su infidelidad significaría la llegada en poquísimos días de nuestras divisiones a Moscú en un paseo militar."

- "En cuanto llegue a España daré cuenta de sus puntos de vista y de los del Führer al Jefe del Estado. Entre tanto -añadí- creo que no deben olvidar que nuestro interés es obtener de los aliados las necesarias facilidades para el abastecimiento nacional, especialmente en lo que a trigo se refiere hasta cubrir en lo posible el enorme déficit de nuestro consumo interior. Recibir estos aprovisionamientos del mundo de la libra esterlina -añadí- es cosa de interés común de Alemania y de España pues hartos se me alcanza que ustedes no pueden andar muy sobrados de cereales cuando tienen que atender a los países ocupados: conozco por el Príncipe de Mérode la situación alimenticia muy grave de Bélgica." Continué: "Ninguna propaganda de Alemania en España sería tan eficaz como la de ayudarnos a abastecer nuestros mercados. Ninguna contrarrestaría tan eficazmente la que hacen los ingleses y los anglófilos de allí que achacan nuestra mala situación alimenticia a los envíos de víveres que se hacen a Alemania. Si ustedes nos cedieran las 100.000 toneladas de trigo que tienen en Portugal con destino a Suiza y al mismo tiempo nos enviarán otras cantidades vía Hendaya, lograríamos dos efectos seguros de la mayor importancia: 1.º Que los españoles vieran que Alemania es de verdad un pueblo amigo que nos ayuda a resolver nuestro grave problema de abastos. 2.º Destruiríamos la propaganda inglesa que acusa a Alemania de causante del hambre que hay en España. Y aun probablemente alcanzaríamos un tercer efecto de la mayor importancia: estimular a los ingleses en este camino de darnos facilidades y ultimar así en plazo breve la recepción de las 400.000 toneladas contratadas."

- "Comprendo muy bien ese plan -me dijo- y lo estudiaré con el Ministro de Agricultura. Lo trataré también con el Führer. Reconozco que esa es buena propaganda. Espero que todo pueda aclararse en unos días."

Conseguí fijar la atención de von Ribbentrop en este gran problema nuestro y... por aquella vez ya no hablamos más de política. Me despedí de él y de los demás en forma acostumbrada.

Salí para España. Llegue a San Sebastián el domingo donde oí la misa de doce en Santa

Maria. Allí entre el incienso, el latín cantado, las notas del órgano, las vestiduras litúrgicas bordadas en oro ¡qué lejos estábamos del canibalismo y de la más gigantesca destrucción que una nueva fase de la guerra traería sobre el mundo!

Al salir de la Iglesia las gentes allí agrupadas aplaudían al Ministro que en grave trance regresaba de hablar con Hitler, con resultados que se ignoraban y se tardaría mucho tiempo en ver claros. Pero una larga caravana de coches -muy censurada por algunos- me esperaba. Antes de salir de Madrid había acordado con elementos del partido -todos sabíamos que los españoles no querían la guerra- un telegrama convencional en que les informaría de si se había logrado vencer o diferir la difícil situación planteada. Aquella caravana era la consecuencia de mi noticia tranquilizadora.

Un mes más tarde volvieron los alemanes a la carga. Pero esta vez ya no se dirigieron a mí; acudieron directamente a Franco. Estaban muy acostumbrados a romper frentes. Ya antes de esta ocasión habían intentado sembrar el recelo entre el Jefe del Estado y el Ministro de Asuntos Exteriores. Se valieron entonces del Embajador de España en Berlín que ni aquí ni allí regateó medios para ayudarles en este empeño. Más tarde fueron utilizados con el mismo fin ciertos elementos del Partido. Ahora, como antes, se acudía a todos los recursos, especialmente a estos que más pueden halagar al mando: el Ministro era el ángel malo que quitaba gloria al jefe y le enajena, poniendo dificultades, el cariño de los amigos. Este plan y este propósito encontraron amplias colaboraciones en muy diversos terrenos, pérfidamente interesadas unas, otras cerriles o simplemente pasionales o ignorantes.

Llegaron a Franco el 7 de diciembre a través del Almirante Canaris, extraño y desconcertante personaje que le visitó en el Pardo acompañado del General Vigón Ministro del Aire. Yo no asistí a aquella reunión. Pero existe de ella una referencia que el mundo vencedor no podrá recusar; es la del Libro Blanco Americano. Canaris transmitía al Jefe del Estado español el deseo del Führer de entrar en España con tropas alemanas el día 10 de enero. El Generalísimo replica al Almirante "que por las razones presentadas a su tiempo era imposible para España entrar en la guerra para esa fecha". Ante la rotunda negativa para el plan del 10 de enero, el cauto Almirante pregunta sobre la posibilidad de fijar ya una fecha ulterior. Franco rehuye toda puntualización y dice claramente que no es posible fijar ninguna fecha para la guerra.